

bernación»—suspiraba, mirando cómo había quedado la suya, con los muebles centenarios de las Pombos añadidos a los propios—. ¡Lástima que faltase el piano! ¡Sería tan *chic* que Conchita, su sobrina, cantara alguna de las hermosas romanzas que sabía!—«Pero ¡qué le vamos a hacer!—gruñó la viuda—. Menester es conformarse. Aunque... ¡ya vendrá el piano, ya vendrá!»

Toda la noche del sábado y buena parte de la mañana del domingo pasáronlas en la cocina, untando con masa las hojas de maíz y soplando en la lumbre como unas condenadas. Al mediodía mostraba doña Eduvigis los ojos enrojecidos, abotagado el bigotudo rostro. Semejaba una bruja. Doña Cuca, que se prestó a ayudarlas, sentía jaqueca. Y Sixto, al pensar que gente extraña habría de turbar el acostumbrado coloquio con su novia, por toda una tarde, maldecía interiormente de los tamales y de quien los inventó.

El primero en presentarse, a las cinco, fué Protasio Urdiales. Era un mocetón largucho, enclenque y trigueño; gastaba un levitín adornado con cintas de seda, y en contraste con el cuello de una semana, de dudosa blancura, lucía ancha corbataza de «mariposa», de color verde. Le acompañaban dos amiguitas suyas: Alina y Lucía Mendoza, flacas las dos, muy bien calzadas, de ojos lánguidos y con mucho blanquete en el rostro; no tanto, sin embargo, que bastara a encubrir la negrura de pescuezo y manos.

—*Asseyez! Asseyez!*— indicó Urdiales, que se las echaba de elegante, y solía mascullar algo que aseguraba ser francés, señalando a sus invitadas dos butacas. Junto de éstas puso una silla añosa. Cogióse con mucho cuidado las dos puntas de los faldones, y ya tocaba el

asiento con la arista de sus posaderas, cuando se escuchó el crujir de éste, al cual siguió violentísimo salto del dueño de la arista. ¡Diablo! *C'est épatant!*

Acontecía tan grave incidente cuando resonó en el pasillo el vozarrón del tío Ruperto:

—¡Eduvigis! ¡Rosota! ¡Hay limosna para estos pobres?

A leguas se conocía que era hermano de la dueña de la casa y que llevaba en la sangre el apellido de Lugo y Berruguete. Como doña Eduvigis, era descomunamente gordo. Tenía unos bigotazos de moro de moziganga. Sus narices, por lo rugosas y coloradas, evocaban el gorro frigio. Como de costumbre, llevaba desabrochados cuatro botones del chaleco.

Entró en la sala ruidoso y cordial. Seguiale su esposa, doña Marta Giuluzzi, que echaba lonjas por todo lo alto del corsé, y sudaba la gota gorda, por lo bien finchada que iba y las arrobos de colorete que traía. Más finas, sin asomo de apariencia grotesca, eran las hijas, Conchita y Laura, gráciles y perfumadas, de tipo moreno, con no sé qué de itálicas reminiscencias, pese al papá.

Don Ruperto era hombre abierto y francote. De suerte que, cuando Rosa María quiso presentarlo, declaró:

—¡Nada de presentaciones lentas, señoras y señores! ¡Ya saben quiénes somos: Ruperto Lugo y Berruguete, un servidor; mi mujer, que es italiana por el padre, y mis hijitas, que de mí heredaron lo indio...! ¡Bésense cuanto quieran... las damas; y aguardemos los tamales!

—Pero, papá... —murmuraba Conchita, mortificada.

—¡Eh, no te preocupes, pimpollo! —respondióle el robusto señor, echándole sobre de la cara un tufillo que ella bien conocía—. ¡O se

tiene confianza... u no se tiene, demonche! Ya verás la que armo...

Y la armó, en efecto. Diez minutos después, se conversaba a más y mejor en la sala. Las señoritas Pombo, dueñas del estanquillo de abajo, que venían con retardo, no se atrevieron a entrar, oyendo el endemoniado vozarrón.

—Pero, ¡Emerencianita, Josefinita! —díjoles doña Eduvigis, que asomó la despeinada cabeza por la ventana del cuarto de su hija—. ¡Por qué no pasan, «chulas»? Allá voy yo. No más acabo de arreglarme... ¡Rosa María! ¡Rosaaa! ¡Aquí están las niñas Pombo!

—¿Qué niñas serán esas? —se interrogó el tío Ruperto, anticipándose a salir a recibirlas. Y en cuanto franquearon el umbral las dos viejecitas, vestidas de negro, chiquitinas y medrosas, el monstruo, contoneándose, hizo una reverencia: —¡Muy señoras mías! ¡A los pies de ustedes!

Don Benjamín Cuenca, el de Correos —padrino de Rosa María—, se presentó a continuación con un inmenso ramo de flores para la ahijada. Muy atildado, chaparrito, de una delgadez de alambre, con una calva —que doña Marta Giuliuzzi juzgó encantadora por lo aristocrática—, tuvo frases de atención para cada una de las señoras, amén de muchas que consagró a la cojita al entregarle el obsequio.

—¡Amigo —dícele a poco don Ruperto, con su habitual manera campechana—, si se ha traído usted a Chapultepec a cuestras! ¡Aprenda, aprenda, Urdiales, usted que decía que las flores son regalos ociosos!

—*Ma foi!* En mi vida afirmé tal... Yo solamente he dicho que son preferibles los libros.

—Los libros, sí... —susurró Alina Mendoza, torciendo los lánguidos ojos—. ¡Ay, yo me

muerdo por los libros; sobre todo si son sentimentales y en verso!... ¿Han leído ustedes las poesías de Plaza?

—¡Una novedad! —observó don Ruperto—. Yo en mis verdes años me las sabía de memoria.

—Prefiero las comedias —dijo Laura Lugo—. ¿Asistieron ustedes al último estreno de los Alvarez Quintero?

—¡Oh, un sueño! —comentó, melancólicamente, la hermana de Alina—. Yo lloré «toditita» la noche... ¡Dicen esos señores unas cosas tan bonitas y le mueven a una tanto las cuerdas del corazón!

Doña Eduvigis, emperifollada y ceremoniosa, apareció en la sala, del brazo de Jacinto Margil. Jacinto Margil, gordinflón y prendidito, era uno de esos monuelos de vecindad que cuentan las fiestas a siete por semana. Se le conocía en todo el rumbo norte de la capital. Cantaba romanzas pasionales y recitaba poesías «de aliento». Como especialidad tenía la de las «mamás». —«Las mamás son el camino más corto para llegar a las hijas» —aseguraba, sentencioso—. Adorábalo doña Eduvigis. Había hecho la corte a Sofía, y ya la muchacha andaba alborotadilla, cuando en el horizonte se perfiló Mercurio.

—Han de dispensarme ustedes lo mucho que les hice esperar —dijo la viuda de Lavín, acomodándose en el sofá—. Pero ¡nos han dado una guerra los tamales...! Yo tengo fiebre... ¡A ver, tínteme, Emerencianita! —exclamó, ofreciendo la mejilla izquierda a la Pombo—. ¡Un horror! ¡Jesús, Jesús! ¡Un horror! Pero como les gustan tanto a Sofía y a Miguel, pues, yo... Ya verán, ya verán ustedes cómo no tardan en llegar...

—¿Los tamales? —preguntó don Ruperto.

BIBLIOTECA DE LA FERIA
"ALFONSO DE ILI"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

—No —repuso su hermana, riendo—. Sofía y Miguel...

—Yo lo decía porque ya siento en el estómago el cordonazo de San Francisco... ¿Y qué tal va, qué tal va, Sofía? ¿Le resultó el matrimonio?

—¡Vaya, hombre! —clamó doña Eduvigis, medio atufada—. ¡Pues no había de resultarle!

—No, yo lo preguntaba porque... tratándose de una recién casada... pues... no se sabe... —Y fulguraron, maliciosos, los ojos de don Ruperto.

A las siete llegaron los Bringas. Su presentación en la sala fué un verdadero suceso por la curiosidad con que todos los aguardaban. Repararon las Mendozas en el espléndido traje que llevaba Sofía, así como en sus ricas pieles. No escapó a la mirada de conocedor de don Ruperto la poca o ninguna transformación que en el físico de su sobrina se había efectuado: era la misma real hembra pelinegra, de diabólicos ojazos negros, de gallardo y robusto talle. En Rosa María lo que mayor impresión causó fué la sencillez elegante del atavío de Julia: iba vestida de blanco, sin ninguna joya; al contrario de Sofía, que deslumbró con sus pendientes.

IX

Sucedió en aquel pequeño grupo social, de humilde clase media, con la aparición de los Bringas, lo que sucede con un recipiente de agua en el cual se introduce abultado cuerpo sólido: que entra en agitación y se derrama. Abriéronse huecos —los mejores—, para los recién llegados. Culminó un silencio expectante. Las niñas se miraban entre sí. Los hombres

no hallaban acomodo lo bastante académico para las manos.

Pero la amabilidad hidalga de don Miguel Bringas; la discreta, aunque en el fondo afectada fineza de Sofía, y el eclipse casi total de Julia, a quien con incomparable gracia monopolizó la cojita, que junto de su novio, y paisano y amigo de aquélla, estaba— bien pronto rompieron el hielo, y se reanudó la interrumpida charla.

Hablábase de la insurrección que pocos días antes—el 20 de noviembre—había estallado en el lejano Estado de Chihuahua, en Ciudad Guerrero. Lo inopinado de tal movimiento; la singularidad de los días en que se declaraba, ni más ni menos que a seguidas de las estruendosas fiestas del Centenario de la Independencia; y, más que todo, la poca costumbre que las generaciones de aquella hora tenían de asistir a sucesos de índole revolucionaria, que por viejos ya habían olvidado, al cabo de treinta años de paz, traían desconcertados a los asistentes a la tertulia de doña Eduvigis, ni más ni menos que a todos los miembros de la familia mexicana. Ni siquiera se observaba división de pareceres. Casi todos andaban acordes en que la «cosa» carecía de importancia. ¡Con enviar un escuadrón era bastante!

La controversia, sin embargo, aun siendo ligera, a poco de rodar caldeó los ánimos y trajo consigo el choque de pareceres. Quiénes opinaban por que se sofocara violentamente la asonada; quiénes por que se establecieran algunas reformas políticas que dejasen satisfechos a los descontentos. El único que abogó por la «causa» fué don Ruperto Lugo y Berruguete.

—¡Es preciso, señores, es preciso, digo, reaccionar contra la infame dictadura de Porfirio Díaz! ¡A mí me tiene hasta el copete! ¿Qué

pasa en este país? ¿Somos acaso una piara de cerdos? ¿Por qué no hay sufragio? ¿Por qué no hay derechos del hombre? ¿Por qué no hay libertades para el pobre pueblo oprimido? ¿Por qué no hay... digo... por qué no hay democracia? ¡Eso! ¿Por qué no hay democracia?

—Porque no puede haberla, señor mío —replícala Cuevas, muy reposado—. Porque el pueblo no tiene aún preparación suficiente... ¿Cree usted que pueda practicarse el sufragio directo en una nación donde se cuentan por millones los analfabetos, entre los cuales muchísimos ni siquiera hablan el castellano?

—¡Pues le mato el gallo en la mano, amigo Cuevas! ¿No ha dicho el propio general Díaz, en la entrevista con Mr. Creelman, que el pueblo mexicano estaba preparado ya para la democracia?

El argumento no dejó de ocasionar algún titubeo en el ánimo de don Benjamín. Aunque tenía sus pelos y sus puntas de leguleyo —había estudiado hasta tercero de Jurisprudencia—, los veintiocho años que contaba de estar atado al pupitre, en Correos, habían creado en él una segunda naturaleza de sumisión que se superponía a su genio medianamente despejado de hombre pensante. Para él los funcionarios eran poco menos que cosa sagrada, y venerables sus disposiciones y pareceres. Aquella vez, sin embargo, sintió que algo le escocía en su interior; que la sangre se le agolpaba en la finísima calva; que pendientes de sus labios estaban los que a la tertulia asistían, y soltó lo que bajo de techo oficinesco hubiese conceptualizado un desacato:

—¡Y qué, señor mío! ¿Acaso los hombres no pueden equivocarse? Menos apegado que usted soy a vanas palabras, y digo y sostengo que el general Díaz cayó en error...

—Pues yo creo lo contrario.

—¡Y yo lo afirmo con hechos!

—¡Es la primera vez que Porfirio Díaz, que es un tiranuelo menguado —bufó don Ruperto—, confiesa una verdad!

Retemblaba la sala con su voz aguardentosa. Enrojecido, con los ojos que echaban chispas, dándose manazos sobre el vientre, miraba a su interlocutor con aires de reto. —Cuevas, a la inversa, mostraba tal bochorno, ruborizada la enjuta faz, temblones los labios y agitadas las manos por creciente nerviosidad, que cualquiera de las señoras aseguraría que «iba a darle algo».

—Pido —balbuocé— mayor respeto para el Primer Magistrado de la República...

—Respeto... ¡Je! Pero, ¡hombre, si le conozco! ¡Si Porfirio y yo nos hemos hablado casi de tú! Todos saben que yo fui uno de los que, con su influencia personal, con su dinero, con su palabra, mayormente contribuyeron al triunfo del enjuague aquel de Tuxtepec... ¡No vive mi compadre don Manuel González; pero ahí están muchos de los contemporáneos que pueden justificarlo!... —Y al decir esto, el hermano de doña Eduvigis se atusaba los bigotazos.

Trabajo le costó al funcionario de Correos reprimirse para no anonadar allí mismo a su contrincante. Algo había llegado a sus oídos de que Lugo y Berruguete —que se hallaba en el candelero y gozaba de adehalas y canonjías en tiempos del «Manco», por ciertos dares y tomares que éste tuvo con la Giuliuzzi— había sido despojado de aquéllas, debido a sucios manejos que tuvo, en los primeros años de la administración que a la era del «gonzalismo» siguió. Pero nada quiso decir de tales abominaciones. Su respeto hacia las damas corría parejas con el que profesaba a sus superiores.

—No pretendo discutir con usted, señor don Ruperto. Cuando en las controversias se mezclan intereses personales, preferible es no tocarlas...

—¡Vaya, mi señor don Benjamín! ¡Pues, yaya! Me gusta; sí que me gusta... Yo no soy langosta del presupuesto; vivo del trabajo de estas reverendísimas manos... ¿Y quién habla de intereses personales, si no usted, que quizá tenga empeño en conservar el sueldito?

No lograron sacar de sus casillas a Cuevas las groserías de su contendiente. Pero, como don Ruperto estaba más excitado que nunca, aquello fué buscar a quien gustara de embestirle. Paseó por la estancia sus ojos avinados. Protasio Urdiales coqueteaba con las Mendozas. Doña Eduvigis oía de boca de Jacinto Margil una receta para hacer buñuelos de viento. Sofía, en un extremo del sofá, aburríase, prestando apenas atención a la parla incolora de sus primitas. Y Sixto y Rosa María, junto a Julia que los escuchaba, andaban por el quinto cielo... Sólo don Miguel Bringas —que más allá de Cuevas limpiaba, como de costumbre, sus quevedos, respondiendo de vez en cuando a las preguntas de las señoritas Pombo, ansiosas de conseguir surtido para el estanquillo, a buen precio— ofrecía blanco a su saeta:

—¿Y qué nos dice el señor Bringas, a todo esto?

—Bien poca cosa, señor don Ruperto. Yo soy enemigo de politiquerías. ¡Ni podía ser de otro modo, dado el género de mis actividades! Pero lo que sí puedo asegurar a usted es que me parece peligroso que este país, eminentemente revolucionario, aprenda de nuevo a revolucionar. Durante tres cuartos de siglo no ha sabido hacer otra cosa; y ahora, después de treinta

años de paz y trabajo, correría el riesgo de volver a las andadas...

Lo autorizado de la voz de Bringas dió al traste con la terquedad democrática de Lugo y Berrugete. Y colaboradora importantísima de ella fué la de su suegra, quien, llegándose a la puerta de la sala de donde saliera poco antes, anunció:

—Aunque tardecito, ya están... Si me hacen ustedes favor...

Hubo en la estancia sordo rumor de removidos asientos. Se hizo sentir el contagioso júbilo que precede a las satisfacciones del apetito. Ya no se acordaba a esas horas don Ruperto de la trifulca. Sonrió desde lejos a Cuevas, y ofreció el brazo a Lucía Mendoza; le interesaban las mujeres sentimentales y ojinegras, sobre todo si eran flacas. Alina se declaró compañera de Urdiales, pescándolo del brazo cuando él se disponía a brindarlo a Conchita Lugo, de quien le placían las verdes pupilas. Jacinto Margil, aromatizado y lánguido, invitó con finura extrema a Sofía para que le acompañase. Momentos antes había desaparecido la cojita con Julia Bringas, a la que ofreciera regalarle una estampa milagrosa del Sagrado Corazón; y Sixto no tuvo más remedio que apechugar con la acarminada y pesadota doña Marta Giuluzzi. No valieron las miradas trapaceras de ésta a la calva de don Benjamín, para que el antiguo empleado de Correos dejara de apoderarse de los dos retoños de la propia señora, en los cuales admiraba una feliz conjunción de los países de iguales banderas... Don Miguel abría la marcha dando el brazo a su benemérita suegra.

Acomodáronse todos en la mesa como Dios les dió a entender. En anchas bandejas humeaban los tamales, «acabaditos de salir». No me-

nos abundante era el atole de leche que burbujeaba en las anchas tazas. Sobre de los manteles limpiísimos, aprisionadas en vasos de porcelana, se deshojaban las rosas.

—*Ce sont des mets exquisés!* —aseguró Protasio Urdiales, masticando—. ¿Te agradan, Alina?

—Bien sabes que soy de un apetito *muy raquítrico*... —suspiró la niña, conteniendo un ay coqueto.

—Pues yo no, aunque ignore lo que significa eso de los *mets exquisés*; por más que supongo que se trata de los tamales —gruñó don Ruperto, con los labios rezumando grasa—. *A votre santé*, Cuevas! —añadió, elevando la taza de atole a considerable altura, con riesgo de blanquear los trigueños brazos de su compañera.

Escuchábase un rumor de mandíbulas afanadas. Los tenedores no cesaban de ir y venir de las bandejas a los platos y de los platos a la boca. Sólo doña Marta Giuliuzzi, fiel devota de la polenta, no aceptaba aquel manjar mexicano. La cojita se mostraba infatigable en su trajín alrededor de la mesa, empeñada en atender a sus invitados. Objeto potísimo de sus finezas era Julia Bringas, por la que experimentaba inexplicable simpatía.

—Usted apenas si los ha probado —murmuró, inclinándose al oído de ella—. Dispénsenos. Quizás no están buenos... Ustedes se merecían algo mejor...

—Riquísimos están —replicó Julia, sonriente—. Pero ¿por qué me hablas de usted? Tú téame, Rosa...

La cojita se ruborizó.

—Pierde cuidado; que por mucho trabajo que me cueste, he de conseguirlo.

Jacinto Margil, pensativo, vigilaba que a Sofía nada le faltase. No podían menos de venir

a su memoria los tiempos en que, sintiéndose un tanto prendado de la taquígrafa, iba a esperarla a la puerta del almacén. Con ella volvía a casa, a través de las calles populosas. Más de una ocasión, a la claridad de un globo eléctrico, creyó que los ojos negros le miraron, con muda súplica. El no quería «comprometerse»; y, fiel a su programa, no rebasaba, en sus relaciones con la muchacha, los límites del amoroso «flirteo». ¡Qué alta la veía ahora, cuán inaccesible; y qué verdad aquella de que la fruta del cercado ajeno es dulce como la miel sabrosa!

Y suspiró:

—¿Se acuerda usted del pasado, Sofía?

—No; ni quiero. El pasado es para mí como el capítulo de una novela que se ha leído ya, y que no interesa.

De retorno en la sala, una vez concluida la comilona, los invitados trabaron charla con la cordialidad que infunden las digestiones fuertes. Don Ruperto Lugo y Berruguete había logrado pellizcar, sin protesta, un brazo de la romántica. La nariz se le ensanchaba al decir a Urdiales, en confidencia: «¡Tiene usted olfato felino, Protasio!» — Y rememoraba doña Eduvigis con su yerno los talentos del difunto Lavín, de quien aseguraba que a estas horas se hallaría despachando los asuntos de Gobernación mejor que cualquier ministro, cuando Margil, a ruego de una de las Mendozas, soltó en mitad de la sala la primera estrofa de un poema pasional del género de los que él clasificaba como «de aliento». Tratábase nada menos que de una traidora mujer que, en descomunal charco de sangre, purgaba la culpa de haber sido infiel al primer hombre que la amó. El recitador sudaba hasta por los párpados, vociferando al modo de un energúmeno. Cuando ter-

minó, estallaron aplausos. Trajéronle una toalla para que se secase.

—¡Este Margil — prorrumpía admirada doña Eduvigis — es prodigioso! ¡Si parece volcán! ¡Un Popocatépetl! ¿Verdad, Miguel?

Discurrieron las niñas consagrarse, para dar placentero remate a la tertulia, a los juegos de estrado. Conchita abogó por el de prendas. — Sofía, que agonizaba de tedio, hizo entonces a su marido seña lo bastante expresiva para que él la comprendiese.

Se despidieron.

Momentos más tarde, en el coche que se alejaba dando botes por las calles empedradas y mal olientes del barrio, ella dijo a don Miguel:

—¡Ni Cristo pasó de la cruz, ni yo paso de aquí! Se acabaron las complacencias con mamá... ¡Has visto qué ridícula farsa! ¡Y la ordinariez del tío Ruperto! ¡Y aquel majadero estúpido de Margil! No; no es posible. De ninguna manera la gente decente puede revolverse...

Julia guardó silencio, en la sombra.

X

Quando Sofía Lavín volvía los ojos al pasado, una sensación de físico bienestar la embriagaba. Había entrado en un mundo nuevo, y parecíale que era el suyo. Las miserias primeras; los días de mortificación en que amargada iba de casa en casa, ofreciendo su humilde labor a trueque del pan; las horas de infinita melancolía, en que acodada a la ventana de su

cuarto contemplaba el horrible patio de la vecindad, poblado de mujeres astrosas y de niños eternamente hambrientos; la angustia de su vida sin esperanza en que jamás, al ideal que revoloteaba en su imaginación loca, respondiera sonriente realidad, desaparecían casi, como ocultados por densa niebla.

Semejaba su existencia de ahora a esos sueños amables que nos sorprenden cuando la claridad del alba ilumina la alcoba; a esos sueños que, aun ya casi despiertos, nos obstinamos en prolongar, movidos por el temor instintivo de que cedan el puesto a las luchas y agitaciones cotidianas. — Así, cuando ella abría los ojos, en la habitación bien oliente y tibia, y sentía en su desnudez juvenil el roce suave de las sábanas de lino y la dulce pesantez de los edredones, se asombraba de no ver las paredes enjalbegadas y toscas de su alcoba de doncella y de no oír la voz agria de su madre que le decía: —«¡Vamos, levántate, que ya son las siete dadas y llegarás con retardo!»

¡No más obligaciones crueles; no más esclavitud; no más historias de obscura pobreza y estrechez asfixiante! Veíase sola. Reinaba en la conyugal estancia sabrosa quietud. El tocador; el armario de lunas biseladas; la gran lámpara de difuminada blancura; los cuadritos que en gracioso agrupamiento sobre los muros ponían su alegre mancha de color; todo se esfumaba en la luz indecisa que a través de los vaporesos cortinajes penetraba por las maderas entreabiertas. Afuera, en la calle, escuchábase rumor de pasos de transeuntes, ruido de carromatos que marchaban a salto sobre del empedrado; a ratos, voces de la servidumbre en el zaguán o en el patio... Dentro, ¡qué paz!, ¡qué soñolienta mansedumbre de las cosas!

Y Sofía, que no sin temor a la impresión frí-

gida, sacaba de debajo de las mantas sus brazos rollizos, de morena tentadora, de buena gana los hubiera echado entonces, amorosa, a su señor, si éste, gran madrugador como era, y hombre de a caballo desde sus más tiernos años, no se encontrase en tal momento lejos de la alcoba, cabalgando animoso, embriagado por el matinal aire fresco, bajo los ramajes venerables de los sabinos, en alguna avenida de Chapultepec. Sentía la recién casada quererlo con un amor sumiso, más de hija que de esposa, en el que entraban la gratitud por la liberación alcanzada, el respeto hacia la ancianidad bondadosa, y, más que todo, la alegría de vivir.

Cuando don Miguel volvía, entre nueve y diez, ya estaba Sofía ante el espejo, fresca, incitante, en corsé, con los brazos en alto, atareados en aderezar la mata negrísima del pelo.

—¿Qué tal, niña? ¿Amaneciste bien? ¿Se ha dormido como Dios manda? Ya se conoce, ya... ¡Si tienes unos colores que parecen de rosal! Más los tuvieras si me hubieses acompañado. Chapultepec estaba divino. El campo, por la mañana, es la salud, es la vida... —y reparando en la traza juvenilmente seductora de su mujer a medio vestir, suplicaba, acariciándola por la espalda y adelantando su rostro fino y barbudo que se reflejaba en el espejo—: A ver... dame un besito...

El comedor tenía una grata apariencia provinciana con sus puertas de cristales que daban al patio lleno de macetas y alegrado por trinos y gorjeos. La mesa era grande y comodona; el aparador, enorme; la lámpara, anticuada. Aquí y allí, afeados por pringues négruzcas de moscas, resaltaban algunos viejos cromos representando naturalezas muertas: sandías y melones partidos por la mitad; conejos y agachonas

difuntos; piñas de sospechosa amarillez; panzudas botellas de mosto... Lo único moderno en aquel recinto eran los mueblecillos esbeltos, de procedencia yanqui, que encerraban cristalería y porcelanas. —Desde en vida de doña Engracia, nadie había puesto la mano en el ancho comedor familiar. Don Miguel y Julia experimentaban bajo de su techo una grata sensación de contento; sobre todo Julia, para quien muebles y cuadros le traían a la mente amorosas remembranzas de la niñez, en la lejana ciudad natal, cuando sobre del mantel albeante encerraban las ollas de barro vidriado la leche caliente, acabada de ordeñar en el corral, y en bandejas de alambre lucían los huevos fresquitos, recogidos el día anterior en el gallinero.

Ya estaba hija y padre allí —la moza con su acostumbrada palidez de cera; él muy majo y recién bañado, con unas chapas en la tez, arriba de las patillas, que se creería eran de garzón de veinte abril—, cuando se presentaba Sofía. Decía su enamorado esposo que, en aquella sazón, cualquiera asegurase que entraban, con ella, la gracia lozana y el risueño alborozo de la primavera. ¡Tan mona venía, con su primorosa toaleta matinal, desnudo el cuello, y los brazos bien torneados saliendo de entre los encajes que más que encajes espuma parecían! —Se parlaba de lo lindo dando sorbos de herviente chocolate. Entonces salía a relucir lo que las dos vieron la víspera en San Francisco: los trajes que en el paseo llevaban las Alcales; la desvergüenza con que una actriz de moda ostentaba joyas hurtadas acaso por maridos ricos a sus mujeres; lo caros que se vendían los sombreros de estación en los almacenes del centro... —Sofía comía poco. Era de admirar, en verdad, su robusta garrideza, viendo cómo desmenuzaba el pan sobre del mantel, con des-